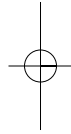
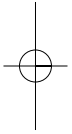
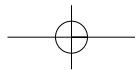
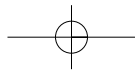
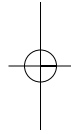
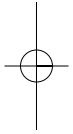


PARÍS FRANCIA



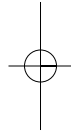
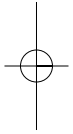
Paisajes narrados, 36



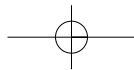


Gertrude Stein
París Francia

Traducción de Daniel Najmías



editorial  minúscula
BARCELONA



Título original: *Paris France*
© The Estate of Gertrude Stein, 1940

© de la traducción: 2009 Daniel Najmías
Revisión: Alicia Ferran

© 2009 Editorial Minúscula, S. L.
Sociedad unipersonal
Portolà 26 - 08023 Barcelona
minuscula@editorialminuscula.com
www.editorialminuscula.com

Primera edición: noviembre de 2009

Diseño gráfico: Pepe Far
Fotografía de la cubierta: derechos reservados

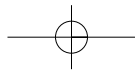
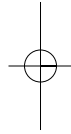
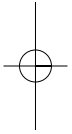
Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

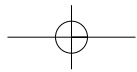
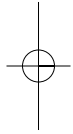
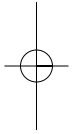
Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona
Impresión: Winihard, Pol. ind., Av. del Prat, s/n, Moià

ISBN: 978-84-95587-57-2
Depósito legal: B-43.822-2009

Printed in Spain

Primera parte





París, Francia es emocionante y tranquilo.

Solo tenía cuatro años la primera vez que estuve en París y allí hablé francés y allí me sacaron fotos y fui al colegio y desayuné sopa y almorcé pierna de cordero con espinacas, siempre me han gustado las espinacas, y un gato negro trepó de un salto a la espalda de mi madre. Eso fue más emocionante que tranquilo. No me molestan los gatos pero no me gusta que se me suban a la espalda. Hay montones de gatos en París y en Francia y pueden hacer lo que se les antoje, sentarse encima de las verduras o entre los comestibles, quedarse en casa o salir. Considerando los muchos gatos que hay es extraordinario que se peleen tan poco. Hay dos cosas que los animales franceses no hacen, los gatos no pelean ni aúllan mucho y los pollos no pierden la calma cuando cruzan la calle, si empiezan a cruzar siguen andando, como hacen también los franceses.

Cualquiera que conduzca un coche en París debe saberlo. Cualquiera que baje de la acera para seguir andando o que vaya andando a alguna parte lo hace a cierto ritmo y ese ritmo se mantiene y nada sobresalta a los que caminan nada los

asusta nada los hace ir más rápido o más despacio ni el ruido más violento o inesperado los hace saltar o cambiar de ritmo o de dirección. Si alguien da un salto hacia atrás o sencillamente salta en las calles de París ya puede uno estar seguro de que es extranjero no francés. Eso es tranquilo y emocionante.

Así pues de los cuatro a los cinco años estuve en París un año y después volví a Norteamérica. Un niño no olvida pero pasan otras cosas.

Un poco más adelante en San Francisco hubo más francés.

A fin de cuentas, lo único que interesa a todo el mundo, es decir, a todo el mundo que escribe, es vivir dentro de sí mismo para contar lo que hay dentro de sí mismo. Esa es la razón por la que los escritores tienen que tener dos países, el país del que son y el país en el que realmente viven. El segundo es romántico, es algo aparte, no es real pero está realmente ahí.

Los victorianos ingleses lo hicieron con Italia, los norteamericanos de principios del siglo XIX lo hicieron con España, los norteamericanos de mediados del siglo XIX lo hicieron con Inglaterra, mi generación la generación norteamericana de finales del siglo XIX lo hizo con Francia.

Por supuesto a veces la gente descubre su propio país como si fuera el otro, un ejemplo reciente lo ofrece Louis Bromfield al descubrir Norteamérica, también hubo un par de ingleses así, Kipling por ejemplo descubrió Inglaterra pero en general ese otro país que se necesita para ser libre es el otro país no el país del que realmente somos.

En San Francisco fue sencillo que fuese Francia. Por supuesto podría haber sido España o la China, pero realmente en San Francisco hasta un niño sabía realmente muchas cosas de España y la China, y Francia era interesante en cambio España y la China eran conocidas, y cotidianas. Francia no era cotidiana simplemente aparecía una y otra vez.

Primero apareció en libros muy distintos, Jules Verne y Alfred de Vigny y apareció en la ropa de mi madre y en los guantes los gorros los manguitos de piel de foca y las cajas en que venían.

Eso olía a París.

Y después durante mucho tiempo fue muy sencillo olvidarse de Francia.

Lo siguiente que recuerdo de Francia son los Henry Henry y Sarah Bernhardt, el Panorama de la batalla de Waterloo y El hombre de la azada de Millet.

El Panorama de la batalla de Waterloo.

Una de las cosas más agradables que tenemos los que escribimos o pintamos es el milagro de cada día. En efecto, viene.

Yo debía de tener unos ocho años y el milagro vino con el Panorama de la batalla de Waterloo.

Un cuadro pintado por un francés, me pregunto si no sería interesante tener uno ahora, uno de esos panoramas enormes en el que te colocabas de pie en el centro y a tu alrededor tenías por todos lados una pintura al óleo. Completamente rodeada por una pintura al óleo.

Fue entonces cuando por primera vez me di cuenta de la diferencia entre un cuadro y el aire libre. Me di cuenta de que un cuadro es una superficie plana y el aire libre nunca lo es, y de que el aire libre está hecho de aire y un cuadro no tiene aire, el aire lo reemplaza una superficie plana, y en un cuadro todo lo que imita el aire es ilustración y no arte. Creo que sentí todo eso con mucha intensidad de pie en la plataforma y toda rodeada de una pintura al óleo.

Y después también Sarah Bernhardt.

En San Francisco había muchísima gente francesa y un teatro francés y naturalmente conocíamos a niñas y niños que hablaban francés en casa con toda naturalidad. Y por eso cuando un actor o una actriz franceses venían a San Francisco siempre se quedaban mucho tiempo.

Les gustaba San Francisco y por supuesto cuando las actrices y los actores se quedan en alguna parte siempre actúan, por eso se hablaba mucho francés en el teatro naturalmente.

Fue entonces cuando descubrí de un modo absolutamente natural que el francés es una lengua hablada y el inglés una lengua escrita.

En Francia siempre que alguien escribe algo y quiere que alguien sepa cómo es lo lee en voz alta. Si es en inglés lo natural es hacer circular el manuscrito y dejar que lo lean pero si es en francés lo natural es leerlo en voz alta.

El francés es una lengua hablada el inglés realmente no lo es.

Sarah Bernhardt me hizo descubrir los brazos delgados

de las francesas. Cuando vine a París y vi a las pequeñas midinettes y a las mujeres de Montmartre todas los tenían así. Solo muchos años después cuando los estilos cambiaron, en aquellos días se llevaba la falda larga, me di cuenta de lo macizas que eran las piernas que acompañaban a esos brazos delgados. Eso es lo que hace que los franceses sean tan buenos soldados las piernas macizas, brazos delgados y piernas macizas, ya me entienden, tranquilo y emocionante.

Es por eso que todos los franceses pueden subir colinas en bicicleta como lo hacen, ninguna colina es demasiado empinada para ese lento pedaleo cuesta arriba y allí van, hombres y niñas y niños pequeños, las piernas macizas y los brazos delgados.

La otra cosa francesa allá en San Francisco era la familia de los Henry Henry. Así se llamaban.

Había un padre y una madre a los que llamaban monsieur y madame Henry y cinco hijos el mayor Henry Henry tocaba el violín. Íbamos a su casa por la tarde y nos quedábamos a cenar y después solíamos bailar los niños Henry y nosotros, música francesa para violín.

Y para cenar siempre había cordero asado, un gigot decían ellos, cocinado igual que cuando fui al colegio en París y de guarnición patatas con mantequilla, unas patatas de aspecto muy limpio, no tan oscuras como cuando se preparan a la americana. Pero lo más emocionante eran los cuchillos y los tenedores. Unos cuchillos tan afilados que la hoja era delgada como una daga con una ligera curva en la punta y los tenedores tan ligeros que cuando los apreta-

bas se torcían. Esos cuchillos y tenedores fueron las cosas más apasionadamente francesas que conocí, y hasta podría decir que jamás conocí.

Después estaba El hombre de la azada de Millet.

Antes de ver El hombre de la azada de Millet yo nunca había querido una foto de un cuadro. Tenía unos doce o trece años, había leído Eugenia Grandet de Balzac y tenía alguna idea de cómo era el campo francés pero El hombre de la azada lo hacía distinto, lo hacía suelo no campo, y desde entonces eso ha sido Francia para mí. Francia está hecha de suelo, de tierra.

Cuando conseguí una foto del cuadro y la llevé a casa mi hermano mayor la miró y dijo qué es y yo dije es El hombre de la azada de Millet. Vaya porquería de azada dijo mi hermano mayor.

Pero así es el país francés, es tierra como esa y la trabajan solo de esa manera con solo esa clase de azada.

Todo eso era todo el París Francia que realmente conocí entonces y después durante mucho tiempo me olvidé de París y de Francia.

Después un día cuando ya iba a la facultad de Radcliff en Cambridge Massachusetts, iba en un tren y a mi lado iba sentado un francés. Lo reconocí, era un profesor visitante y le hablé. Hablamos de las universitarias norteamericanas. Maravillosas dijo y muy interesantes pero y me miró muy serio, en realidad ni una sola de ellas, esto tiene que admitirlo, ni una sola de ellas es capaz de sentir con Alfred de Musset que le seul bien qui me reste au monde c'est

d'avoir quelque fois pleuré. Yo entonces era joven pero supe qué quería decir cuando dijo que ellas no sentían así. Eso y cierto interés por Zola como realista pero no tanto interés como por los realistas rusos era lo único que París significaba para mí hasta después de la facultad de medicina cuando me instalé en París Francia.